

importar productos manufacturados, sancionando el colonialismo virtual, aceptando la etapa ganadera y agrícola como estado definitivo. Así crecimos confiadamente sin averiguar lo que representaba la influencia anglo sajona; influencia de la cual sólo llegaron a tener noticia nuestros dirigentes después de la guerra, cuando se hizo patente en Europa y cuando de los mismos Estados Unidos nos llegaron las voces que señalaban la sujeción.

Todo ello se complicó con un envanecimiento prematuro que interpretó toda reserva como síntoma antipatriótico. Examinar las cuestiones, investigar el porvenir, equivalió a poner en duda la predestinación de nuestras repúblicas y la super-sabiduría de los augures que guiaban sus pasos. ¿Cómo admitir que alguien pudiera saber más que nuestros «hombres de gobierno», que habían adquirido su ciencia en el comité, combinando elecciones, o en la montonera, organizando guerrillas? ¿Cómo podían dejarnos subir a nosotros, los ilusos, al pontón anclado en el pasado sobre el cual ellos tenían la ilusión de navegar?

La evolución que se anuncia en toda la América Latina viene a redimirnos de estos errores. Hombres nuevos con ideas nuevas han de resolver los problemas propios basándose en sistemas adecuados a las necesidades y a la situación de cada zona. Al margen de los empirismos y de las jactancias, habrá que encararse al fin con la obra y decir: vamos a hacer una Patria.—M A N U E L U G A R T E.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Pentágono alrededor de «El Roto»

A: LA DIATRIBA

EL SEÑOR don Joaquín Edwards Bello presenta como «definitiva» la última edición de *El Roto*, publicada en 1929. Tal advertencia permite entrar en tranquila posesión de los valores de esta novela costumbrista, cuyo debut ocurrió hace más de dos lustros. En realidad, las modificaciones introducidas no son esenciales. Por eso *El Roto* conserva su primigenio interés. El señor Edwards Bello ha tenido la prudencia de efectuar leves retoques, meros adornos que no alteran el contenido vital de su obra. Y es que en

El Roto el ambiente vale más que el estilo. Es un libro de fondo y no de forma. Pudo ser escrito dentro de los cánones clásicos o verse en los marcos nerviosos del realismo contemporáneo. Hubiera sido peor o mejor, pero siempre *El Roto* habría conservado su carácter, su rostro, su misión de espejo de una hora social.

Tal vez por esta circunstancia es disculpable, en 1929 y en una obra «definitiva», ese estilo españolizante, con reminiscencias de Blasco Ibáñez, adjetivoso, cargado de circunloquios, pleno de solícitas descripciones minuciosas, donde el autor desborda su yo en un pueril afán de evidenciar su papel de arquitecto supremo dentro del libro. No es la vida chilena la que surge, vigorosa y plena. Es Joaquín Edwards Bello quien nos la va mostrando, a poquitos, levantando cortinajes, con previas disquisiciones, a veces eruditas, a veces reflexivas. He ahí sin duda uno de los defectos del libro, explicable como resabio de una época en la que el individuo se aferraba presuntuosamente a su *ego* como meta de perfección, olvidando que el artista es un producto misterioso de ignotas y complejas causas. Un resultado, un efecto y no una causa o un origen.

Pero la cuestión no es para magnificarla. Aunque todavía cabe decir que el argumento de *El Roto* no contiene el desarrollo de una tesis, de más o menos valor, justificada o no. En realidad, se desliza sobre los carriles de una nota policial. O, a lo sumo, de una escabrosa y vulgar cinta cinematográfica. Su armazón es truculenta y hasta incurre en el mal gusto de finalizar con defunciones a granel, como cualquier dramón antiguo o cualquier tango moderno.

E: EL ELOGIO

Sin embargo, en el desfile de estos hechos corrientes, el señor Edwards Bello ha elevado a la superficie el perfil profundo de la antigua sociedad chilena. Y este es su mérito mayúsculo, su valor definitivo, que explica la legítima jactancia con que el autor anuncia el décimoquinto millar de ejemplares.

El Roto contiene el marco de un ciclo social. Es un documento y también un signo. Documento, porque en sus páginas se encierran episodios verídicos, trozos posibles y reales en la formación histórica de Chile. Y signo, porque *El Roto* constituye una imprecación contra los caducos valores de una clase corrompida y representa una protesta contra las injusticias seculares que agobian a los desposeídos.

Ignoro si el señor Edwards Bello ha tenido intención revo-

lucionaria al escribir esta obra. Pero lo cierto es que de ese lento contraste entre el «roto» humilde, ignorante, esclavizado y el «patroncito» de apellido vinoso, aristócrata y omnipotente, nace el drama turbulento e irreductible que preside el desarrollo social de Chile y en el que *El Roto* hunde su quilla con sabio acierto interpretativo.

Fernando es el símbolo del máximo de porvenir a que podía aspirar un proletario dentro de la organización semifeudal de hace treinta años, es decir un instrumento: *maquereau* o *croupier*, simple herramienta ciega, rendida a los caprichos y arbitrariedades del patrón. Y don Pantaleón Madroño, el señorón Madroño, conservador y beato, mujeriego y millonario, el arquetipo de esa decena de hombres-pilares sobre los que descansaba el edificio institucional del país.

Fernando, aunque perdulario y delincuente, en su hora postrera y declinativa, siente esa ansiedad de justicia vengadora que anima una vez en la vida a todos los hombres. Cargado de razones, de pruebas y de agravios, estrella su impotencia contra la coraza invisible que rodea la insolente impunidad de don Pantaleón. En las manos de éste y los de su casta, dueños del poderío político y social, están los hilos secretos que movían el tinglado chileno. Fernando, paria oscuro, «roto» aventurero e ingenuo, inútilmente intenta derribar con sus arañazos esa fortaleza secular. Don Pantaleón Madroño, político tradicional, aristócrata de prosapia, mueve otros títeres y el antiguo instrumento es condenado a presidio por el delito que no cometió. En la quieta superficie de su hogar honrado no aparece una burbuja. Todo es noble y puro, fuera del lodo que está muy abajo. En cambio, para Fernando, crédulo y qui-jotesco, todo se convierte en derrumbe y fracaso. Y apenas basta para consolarlo el grueso sentimentalismo de su concubina proletaria, ridículamente heroica, ahogada en la angustia de una injusticia cósmica que no comprende pero que destroza su vida.

I: VISIÓN DE BURDEL

Tan aguda oposición entre ricos y pobres, fuertes y débiles Pantaleones y Fernandos, da a *El Roto* un indiscutible valor social. Y constituye una prueba de la inspiración, voluntaria o no, que el autor ha bebido en las fuentes de la lucha de clases. Pero esto solo no asigna a la novela del señor Edwards Bello un rango prominente dentro de las obras representativas del espíritu chileno. Hay otro acierto, fundamental y decisivo,

que no es posible pasar en silencio. Y es el escenario escogido para el desarrollo de las acciones: el prostíbulo chileno.

Mi testimonio no es el primero y tampoco ha de ser el último. A fuer de viajero, Joaquín Edwards Bello ha comprobado que pocas manifestaciones de la vida nacional acusan tan marcadas características, tan peculiares rasgos, como los que distinguen al burdel santiaguino. No es el lupanar hediondo y miserable donde el vicio arrastra su pasión o su degeneración. No es tampoco un triste lugar de comercio de carnes, reglamentado y frío. No es el hacinamiento cosmopolita y codicioso, que rebaja la dignidad humana a sus últimos límites. No es el cabaret artificial y mundano, prolongación oblicua del salón aristocrático. No. En el prostíbulo chileno se refugia lo más recóndito de la alegría popular. Es casa de ruido y de risa, de movimiento y zarabanda. Allí se va a divertir, sobre todas las cosas. La angustia y el dolor de arrastrar una existencia sufriente o monótona se disuelven en unas copas de cerveza, en un lance sentimental y tierno, en una cueca restallante y epiléptica. Es la ilusión pueril de una libertad que no existe en la vida de puertas afuera. Alegría de vivir sin prejuicios, en una súbita hermandad afectiva. Derecho a la personalidad absoluta, comprado con una módica propina a la patrona. Tiranía de la fábrica, o de la oficina, o del convencionalismo social, todo se desdibuja en el umbral del prostíbulo chileno. Y nace una nueva dimensión en el espíritu del hombre. La posibilidad enérgica del disparate consolador. El uso de todos los resortes de lo absurdo para repicar un poco de alegría en el corazón.

Por eso la pupila del prostíbulo chileno no es una mercenaria metalizada. Es más bien un florón romántico encerrado en un sentimentalismo barato y pronto a la rendición. Mujer contentadiza y chillona, la que grita más fuerte en el mundo, con risa inagotable, disforzada, misteriosamente absurda, pero que puebla el silencio nocturno con un paisaje de vigor y dinamismo. Cada noche su alma vibra con una nueva emoción consoladora y se envuelve en los cintajos de ilusiones precarias. Y así arrastra su vida, bohemia y desprendida, marchando con los ojos cerrados al hospital o a la cárcel. Un presente de ruido, de música, de alegría, a cambio de un porvenir de desgracia y de castigo. En buena cuenta, la teología católica no arroja resultados diversos y la pupila del prostíbulo no tiene por qué modificar la ley de Dios.

Ni critico ni aplaudo. Compruebo. Más que un sermoneador, el observador social debe tener buenos ojos. Claro que en trance de hallar causas profundas se comprueba, como en *El Roto*,

que el prostíbulo no es sino la expresión de un estado económico-social que debe modificarse. Pero Joaquín Edwards Bello no es Presidente de la República y yo tampoco. Y mientras la realidad circundante no se modifique sustancialmente, todos los prostíbulos del mundo seguirán cumpliendo sus funciones. Y el prostíbulo chileno, entre tanto, continuará rezumando alegría accesible, jocundidad desbordante, ofreciendo una posibilidad de huir de la tristeza cotidiana, del dolor de vivir. Hasta que todos los Fernandos comprendan que hay el deber heroico de modificar la sociedad en beneficio de los desposeídos. En eso ando yo, hace cerca de diez años. Y quizá si el señor Edwards Bello, por lo menos teóricamente.

O: LA INEVITABLE BALANCITA

A cierta altura del desarrollo espiritual de un país se produce el inequívoco signo de madurez literaria: un libro netamente nacional en inspiración y sentido. Aunque sé que Mariano Latorre, y otros muchos, han cultivado el criollismo, me resulta más fácil convenir, por ahora, en que *El Roto* simboliza el 1810 literario. Y más que un signo de negación del pasado, un signo de afirmación del porvenir. Es decir, de personalidad, de individualidad.

Entonces surge la inevitable comparación con otros países americanos. México ha fructificado una obra interesante, de una trágica sencillez, como el dramático proceso de la revolución: *Los de abajo*, de Mariano Azuela. Las llanuras de Venezuela también han inspirado al fuerte Rómulo Gallegos su novela *Doña Bárbara*. Pero no soy catalogador y quiero referirme, especialmente, a *Don Segundo Sombra*, el hermoso libro de Güiraldes, que tan prestamente ha originado el tramonto del *Martín Fierro* de Hernández, el *Facundo* de Sarmiento y otras expresiones de la realidad argentina.

Sin duda alguna, el estilo y el desarrollo de *Don Segundo Sombra* son superiores a los de *El Roto*. Pero, en cambio, este último tiene una vertebración más auténtica. Segundo Sombra es un gaucho tradicional, refranero y cazurro, habilidoso y valentón. Su existencia parece trascurrir en un océano de paz. Su oficio de resero surge como una pasión y casi como un arte. ¿Pero este gaucho existe? ¿Acaso el desarrollo agrario argentino y los grandes feudos que lo caracterizan, permiten la existencia de tales héroes legendarios, satisfechos de la vida y prontos a cruzar, de poncho y chiripá, decidores y canturrones, por el frívolo escenario de la curiosidad universal? ¡Po-

bres criollos arrumados fuera del orgulloso caserío de la estancia! ¡Pobres inmigrantes italianos o españoles, alemanes o rusos, cavando hasta la tuberculosis en las grandes haciendas argentinas! Ellos son la realidad del estado social agrario. Ellos son el prototipo del peón agrícola. ¿Don Segundo Sombra? Es sin duda una «sombra» de un pasado patriarcal, fugaz, redivivo por el espíritu supremamente artístico del maravilloso Güiraldes. *Don Segundo Sombra* es un triunfo del autor, una versión de su espíritu. *El Roto* es una copia del medio. *El Roto* tiene más verdad, es un azogue honrado y veraz. En ese sentido, la obra de Edwards Bello acusa mayor plasticidad humana, mejor expresión de un aspecto profundo de la nacionalidad. El libro de Güiraldes es una bella mentira. O un bello deseo. Por eso en sus páginas no hay sino una inexistente amargura épica y sólo los cangrejos saben llorar y morder.

U: EL AUGURIO

El Roto es en buena cuenta el romance de una infancia desgraciada. Esmeraldo y Violeta son dos vidas trágicamente tronchadas, corrompidas en un ambiente de miseria y degradación. Criminal el uno, prostituta la otra. Niñez proletaria, sin juguetes, sin gozos, agarrotada desde la cuna por su destino fatal y sombrío.

Por eso en la obra del señor Edwards Bello es también justo anotar el mérito de haberse planteado indirectamente dos problemas muy serios de este noble pueblo chileno: el del alcoholismo y el de la infancia. Sin duda el primero se vincula con circunstancias miméticas y conveniencias de los grandes señores del país y ello hace más difícil su solución. Y el segundo no es sino su lógica consecuencia, su efecto natural. Yo he leído en el *Anuario Estadístico de Chile* correspondiente al año 1924-25, que sobre 108 mil defunciones, 40 mil son de menores de un año, es decir, casi el 40%. Bastaría el horror de esta cifra para justificar cualquier esfuerzo gigantesco y para insistir en la necesidad de introducirle un remedio eficaz.

Finalmente, y es hora de concluir, digamos que *El Roto* ha abierto un camino. Señala la ruta de las novelas realistas, revisoras, iconoclastas, que van abriendo paso a una acción transformadora. Ojalá surjan muchos otros libros como *El Roto*. Y luego sobrevenga la natural consecuencia en el orden de las relaciones sociales. Porque, al fin y al cabo, estas novelas tienen el carácter de preludio, de augurio de una época mejor.

—MANUEL A. SEOANE.